

# 1803

13

**Jorge Aguilar Mora**

University of Maryland, EE. UU.,  
Professor Emeritus

## Resumen

El artículo es un fragmento de un libro en preparación, que corresponde al tercer volumen de un proyecto de historia del siglo XIX año por año, que ha sido emprendido por su autor. Hasta la fecha han aparecido dos tomos en la editorial Era, de México: *Sueños de la razón. Umbrales del siglo XIX: 1799 y 1800*, en 2015; y *Fantasmas de la luz y el caos. 1801 y 1802*, en 2018. El fragmento que aquí se ofrece se integrará a la crónica de 1803, en un tomo que incluirá los años de 1803 y 1804, sin título aún.

**Palabras claves:** Josef Hoëné, Kant, Romanticismo, Siglo XIX, Saint Simon

## Abstract

This article is a fragment of a book that is a work in progress; the third volume of a project on the 19th century history, year by year, which has been undertaken by the author. Up to this date, two volumes have appea-

red, edited Editorial Era, from Mexico: *Sueños de la razón. Umbrales del siglo XIX: 1799 y 1800*, in 2015; and *Fantasma de la luz y el caos. 1801 y 1802*, in 2018. The current fragment will be part of the 1803 chronicle, in a volume which will include 1803 and 1804, without a title yet.

**Key words:** Josef Hoëné, Kant, Romanticism, 19th Century, Saint Simon

—¡He descubierto el Absoluto!

Los peregrinos subían por uno de los flancos de la colina de la Garde, en Marsella, y oyeron la exclamación sin sorpresa, con alguna sonrisa: era uno más de los milagros que se podía esperar de la virgen en este 15 de agosto, día en que, como cada año quizás desde hace siglos, una multitud de fieles se reúne en la cima de la montaña, frente a la capilla de la *Bonne Mere* para celebrar con júbilo la ascensión de ésta a los cielos. Y aún más: no sólo era un día especial, era un lugar muy singular el que estaba atravesando aquel grupo de peregrinos: era el *bosque sagrado*, yermo que desde hace dos mil años conserva la memoria atroz de lo que fue un robledal tan denso y enmarañado que impedía la entrada de la luz y ocultaba así la práctica de un culto cruento y misterioso. Dice el historiador Pausanias que Julio César, al ver que ni siquiera los pájaros de mal agüero se atrevían a posarse en las ramas siempre húmedas de sangre de aquel sórdido bosque, mandó que lo talaran. Y no quedó ni un árbol en pie: quizás también fue sembrado de sal, porque en dos milenios no han vuelto a crecer sino pequeños arbustos, y uno que otro ciprés; pero no se ha perdido el nombre de *bois sacré*.

—¡He descubierto el absoluto! —repitió Josef Hoëné.

Era un milagro, sin duda: la intervención de la Virgen era tan clara que a partir de ese día el militar polaco decidió llamarse Josef María Hoëné. Aún más, el suceso parecía también celebrar su propio aniversario de nacimiento, pues este joven militar, filósofo y matemático vino al mundo en este mismo mes, hace veinticinco años en Wolsztyn, entonces perteneciente a la Gran Polonia y ahora parte del territorio prusiano, al oeste de Poznan.

No fue ese el primer trato que Hoëné ha hecho con su nombre. Cuando a los dieciséis años desobedeció a su padre y se enlistó en el ejército, Josef cambió de apellido para eludir las pesquisas paternas y dio a conocer su valor como Josef Wronski en varias batallas de la

revolución polaca. En 1794, incorporado a la artillería, defendió el barrio de Czysté en Varsovia contra las líneas prusianas que desde el pueblo de Vola bombardeaban la capital. La desesperación del ejército sitiado era tal que el general Kosciuszko le encomendó a Wronski la tarea exclusiva de hacer blanco en los depósitos de pólvora del enemigo. Con su talento adolescente y con la información de varios desertores, el joven hizo estallar el polvorín con el primer fuego de la batería. El ejército prusiano tuvo que evacuar el pueblo devastado por la explosión y al día siguiente se dio a la retirada general.

Poco después, en la prematuramente famosa batalla de Maciejowicé, el 10 de octubre de ese mismo año, Wronski defendió el ala derecha de la línea polaca, con apenas cinco mil hombres en contra de quince mil del ejército ruso. Casi victoriosos, los polacos se apresuraron en perseguir al que era un contingente aparentemente derrotado, y que los sorprendió cuando dejaron sus posiciones. Fue una derrota descorazonadora. El general ruso Tormansoff reconoció a Wronski en la fila de prisioneros que iba camino a Siberia. Así logró quedarse en el campamento enemigo, después de jurar que no buscaría fugarse. Cuando los rusos entraron a Varsovia, fue liberado; pero pagó cara su libertad asistiendo como espectador a la quema del barrio de Praga.

Nadie sabe por qué se incorporó después en las filas rusas, con el grado de mayor de artillería, agregado al Estado Mayor del mariscal Souvoroff, el mismo contra el cual había batallado en Maciejowicé. Fue en este cargo que pudo conocer a muchos de los hombres más famosos de Europa, incluyendo al príncipe Poniatowski y a los hermanos Grabowski, de cuyos encuentros, dice él, aprendió la futilidad de las vanidades humanas. Avanzado en las matemáticas, intentó incorporarse a la marina rusa; pero no tardó mucho en convencerse de la ineptitud de su constitución física para ese empleo. En noviembre del 96, a la muerte de la zarina, el mariscal Souvoroff se dio de baja, Höené fue ascendido a teniente coronel y asignado al cuartel de Grodno y luego al de Vilna. Fue aquí donde se enteró que en Italia se estaban formando legiones para recuperar la independencia de Polonia, bajo la protección del Directorio francés. Curiosamente, Höené recibió permiso del nuevo zar para abandonar el ejército ruso sin tener que dejar el uniforme de teniente coronel.

En el camino, no obstante, al cruzar Alemania, bulleron las tentaciones de complementar sus conocimientos matemáticos con estudios de derecho —derecho público— y luego de filosofía. Terminó

pronto con «las deducciones jurídicas» y entonces dirigió su mirada a los cursos de Kant en Königsberg: demasiado tarde, pues el gran filósofo regiomontano se había ya retirado de su cátedra. No está muy claro a qué otra universidad se dirigió Hoëné, pero las lecturas que demuestra haber hecho, con profundidad y seriedad, entre ellas las obras de Jacobi, Fichte y Schelling, parecen indicar que estuvo en Jena y tal vez en Gotenburgo.

A pesar de su dedicación a la filosofía, no se desvanecieron las inclinaciones militares y patrióticas de Hoëné. Se habían formado legiones polacas que servían en el ejército francés, bajo el mando de Bonaparte, con la esperanza de que las victoriosas campañas de éste incluyeran la liberación de Polonia. A pesar de repetidas decepciones, los polacos no cejaban en su apoyo, y Hoëné escuchó el llamado a colaborar. Visitó al general Kosciuszko en París, quien le prometió que hablaría con Lucien, hermano de Bonaparte, para introducirlo en el cuerpo diplomático, mientras le ordenaba que se uniera por el momento a los contingentes polacos en Marsella. Por unos días de tardanza, Hoëné no zarpó con la expedición del general Leclerc a la isla de Saint Domingue. Se perdió la oportunidad de terminar tirado a orillas de un camino o en un hospital improvisado con alucinaciones de fiebre amarilla, como le ha sucedido a la mayoría de ese ejército que en efecto incluye un numeroso contingente de polacos. Los franceses han seguido peleando, pero apenas hace un mes, el 18 de noviembre, sufrieron una derrota, que parece definitiva, ante el ejército de Jean Jacques Dessalines.

Muchos antiguos compañeros de armas recibieron con gusto a Hoëné. Muchos de ellos habían obtenido la recompensa de la ciudadanía francesa, y muy pronto el Directorio francés también se la concedió a Hoëné. No obstante, éste ha terminado dedicándose más a las actividades de la filosofía natural que a la preparación militar. He encontrado trabajo en el observatorio de Marsella y ha publicado un libro, *Philosophie critique découverte par Kant*, singularísimo y lleno de misterios: ha aparecido en Estrasburgo y en París, a pesar de que está incompleto. El pasado junio, Hoëné empezó a publicar entregas de un comentario sobre la filosofía de Kant, esperanzado en recibir suscripciones de lectores interesados en *descubrir* una nueva filosofía. Para agosto, Hoëné había ofrecido las primeras tres y ahí se detuvo. ¿Por falta de tiempo, por falta de interés, por falta de suscriptores o por exceso de iluminación al descubrir el Absoluto? La verdad es que la prometida exposición de la nueva filosofía quedó pendiente:

Hoëné hace un resumen —brillante, sin duda— de las distintas vertientes de la filosofía natural. Sus conocimientos son numerosos, muy agudos y en algunos casos sorprendentes: en la explicación del calor ya no menciona la hipótesis del flogistón, todavía prevalente en muchos círculos, y se adhiere a la sola causa, propuesta con énfasis por el Conde Rumford, del frotamiento. El recorrido por lo que se podría llamar una nueva geografía de la ciencia es notable; sin embargo, a pesar de las repetidas ocasiones en que señala que una idea o una noción o un método no se conocían «antes de Kant», Hoëné no llegó a exponer específicamente el sistema filosófico de Kant. Y extrañamente ha publicado el libro.

Otro de los misterios está en la misma portada. El autor de esta *Filosofía crítica descubierta por Kant* se presenta con el nombre de J. Hoëné: ¿qué ha pasado entonces con Wronski, el apellido de guerra de Josef? Uno más es el uso extraño del término *découverte*, aplicado a la obra de Kant: ¿J. Hoëné «descubrió» el Absoluto de la misma manera que Kant la filosofía crítica?

A pesar de que no ha llegado a exponer realmente su visión de este nuevo sistema, Hoëné deja ver desde el principio cuál el objeto preferido de su atención. Así dice: «El último principio del saber humano, como tal, debe contener 1º el máximo posible de certidumbre, ya que para el hombre, es la fuente de todos los otros, 2º el máximo valor objetivo, porque debe servir de base al de todos los objetos, a su verdad considerada materialmente; 3º, una generalidad infinita porque debe abarcar todo, y finalmente, 4º una dignidad intrínseca, porque debe fundar la dignidad de la moral». Y concluye: «Estas características de la esencia del último principio del saber humano deben estar contenidas en sí mismas, y no en algún desarrollo posible; deben presentarse sin necesidad de buscarlas... Más aún, el último principio debe ser tal que se anuncie, por esencia, con la más perfecta certidumbre, como el último principio del saber humano».

Un principio autosuficiente que provoque una convicción tan inquebrantable, que sólo se pueda entender como infinita, porque el principio mismo debe ser infinito, es decir, divino. O ajeno a lógica, a la que debe servir de base, no obstante; trascendente de todas las coherencias fundadas en la razón.

¿Fue la identidad de este principio el descubrimiento de Hoëné en el bosque sagrado de Marsella el pasado 15 de agosto? Tiene que haber sido una noción muy precisa, por más que sea ilógica o trascendente: Hoëné muestra en el libro sobre Kant con mucha

seguridad en sus conocimientos de lo que se llama ahora la filosofía idealista alemana. Y sin duda conoce ese concepto fundamental que Schelling ha llamado precisamente «la intuición trascendental»: ese salto casi mortal de la inteligencia fuera de todas las fronteras lógicas y racionales que cae, como un relámpago, en el sitio preciso de la identificación o, mejor dicho, de la revelación del Absoluto. Y Hoëné también sabe que muchos de esos idealistas alemanes, como el mismo Schelling, Hölderlin, Federico Schlegel, y otros, hablan precisamente del Absoluto como la meta final del pensamiento, de la filosofía, de su pensamiento (de cada uno de ellos), de su filosofía (de cada uno de ellos, también). La búsqueda del Absoluto es una larga búsqueda, si no es que es la única verdadera búsqueda de la filosofía occidental desde siempre, desde más allá de Parménides.

Sin embargo, ahora adquiere una nueva urgencia: sí, puede ser el absoluto como la entidad divina siempre perseguida, siempre inalcanzable; pero en estos tiempos, como lo dice el título del libro de Hoëné, a Dios se le puede descubrir, como si fuera un nuevo continente, o un nuevo elemento, o una nueva ley de la física. Dios está ahí para descubrirlo. Se ha vuelto una entidad, un ser inmóvil, infinito pero inmóvil, eterno pero momentáneo, momentáneo pero actual... Y no hay fondo, Dios se ha vuelto la superficie misma del universo. Así que el Absoluto puede ser lo inalcanzable, pero gracias a ello mismo debe o puede ser la ley básica de la realidad.

Eso es lo que anuncia Hoëné en su introducción a su libro sobre Kant: ¿cuál es el principio básico, evidente por sí mismo, que puede explicar —abrir, desplegar— el movimiento interno del universo? Hoëné sabe bien que desde 1801 se ha comenzado a discutir a Kant en Francia, gracias al libro de Charles de Villers, *Philosophie de Kant ou Principes fondamentaux de la philosophie transcendante*. Y quizás el impulso inicial de su tratado haya sido el enterarse del rechazo bastante general y violento de las ideas kantianas entre los *hommes de lettres*, filósofos, ideologistas, filósofos naturales, de esta nación.

Lo que tal vez sí desconoce Hoëné es la aparición de un folleto, de apenas 102 páginas en 12º, que propone, con otro vocabulario, y sin ninguna referencia a la filosofía alemana, el mismo fin que ésta busca y que Hoëné ya «descubrió». Se trata de *Lettres d'un habitant de Geneve a ses contemporains*. Aunque parece publicado en Ginebra por un ginebrino, el folleto se ha impreso en París por un parisino: Henri de Saint Simon. Nada menos que el osado conde que a fines

del año pasado le propuso a Madame de Staël unir sus destinos, sus cuerpos y sus sangres para procrear entre ellos dos —los seres más inteligentes de Europa, según él— al hombre superior. Para Saint Simon, el Absoluto de Hoëné se llama «el sistema general» de los conocimientos humanos que —insinúa el conde— estaría basado en la ley universal de la gravitación: sólo por eso, y no por otra cosa, su proyecto de crear una asociación de los sabios más destacados de Europa se debe inaugurar en la tumba del gran Newton.

**Jorge Aguilar Mora** (Chihuahua, 1947). Ensayista, narrador y poeta. Estudió Lenguas y Literaturas Hispánicas en la Universidad Autónoma Nacional de México. Cursó estudios de posgrado en París y realizó su doctorado en El Colegio de México. Su tesis doctoral fue publicada, en 1978, como *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*. Es Profesor Emérito de Literatura Latinoamericana en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Maryland en Estados Unidos. Ha publicado, entre otros libros, las novelas: *Cadáver lleno de mundo* (1971); *Si muero lejos de ti* (1979); y *Los secretos de la aurora* (2002); los poemarios: *U.S. Postage Air Mail Special Delivery* (1977); *No hay otro cuerpo* (1977); *Esta tierra sin razón y poderosa* (1987); *Stabat Mater* (1996); *La bella molinera* (2011), y *Epifanía* (2011); los libros de ensayo: *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana* (1990); *La sombra del tiempo* (2010); *El silencio de la Revolución y otros ensayos* (2011); *Sueños de la razón 1799 y 1800. Umbrales del siglo XIX* (2015; premio Xavier Villaurrutia, 2016); y *Fantasma de la luz y el caos. 1801 – 1802* (2018).